

los soldados con frecuencia á hacer sus ejercicios y maniobras militares; allí tambien la banda militar hace oír el armonioso conjunto de sus instrumentos. El curato, (donde nos hallábamos hospedadas), daba justamente sobre la plaza, así es que estábamos en el centro de la animacion.

El comercio no está mal atendido; las tiendas tienen aspecto agradable y se nota en ellas consumo y movimiento. Las calles son rectas; muchas están empedradas, y las casas muchas de altos, guardan armonía en su construccion y notándose bastante aseo en sus fachadas.

Tres dias permanecemos en Miahuatlan y nos vimos muy obsequiadas recibiendo grandes demostraciones de simpatía y afecto: visitáronos las principales personas de la poblacion, y todas se esforzaban por causarnos una grata impresion, y hacernos agradable nuestra estancia en medio de ellos.

La familia del cura en cuya casa viviamos, fué naturalmente con la que mas estrechamos nuestra amistad: se esmeraba en ser fina con nosotras, y nos demostraban tanto cariño que era imposible no corresponderlo.

Tocónos ver una festividad religiosa. No recordamos cual era la imágen ó advocacion que celebraban; el concurso era numeroso y tuvimos ocasion de ver reunida á la sociedad de Miahua-

tlan. La fiesta era en la parroquia; el templo estaba perfectamente adornado, y multitud de luces cintilaban bajo sus bóvedas perfumadas por el suave aroma del incienso y de las flores. Los acordes de la música se hacían oír, y la multitud se dirigia á la iglesia que en poco tiempo se vió completamente lleno. Todas llevaban sus trajes de lujo, y aunque no se notaba en ellos el buen gusto y la elegancia de la moda, sí eran algunos bastante buenos y de costo: en el exterior del templo, habia arcos de ramas y de variados colores; gallardetes y colgaduras; en las casas, cortinas y colocada la imágen en los balcones y puertas; la plaza estaba llena de vendimias y los cohetes y los repiques daban mayor animacion y brillo á la festividad: duró la funcion bastante y estuvo solemne; el orador que fué un hermano del señor cura, desempeñó bien su cometido, y nosotras quedamos complacidas y muy contentas de que nos hubiera tocado presenciar aquella festividad. Por la tardé salió la procesion del Templo, y recorrió en medio del mayor entusiasmo, las principales calles de la poblacion; todo el tránsito se veia adornado con cortinas y arcos, y el piso regado de flores; la banda militar cerraba la marcha tocando bolitas piezas, y el concurso era numeroso; todo Miahuatlan estaba en movimiento; la procesion entró al Templo ya de noche, y entónces hubo en la plaza fuegos artificiales.



Los días que permanecimos en Miahuatlan, estuvimos muy contentas: el cura y su familia eran con nosotras muy obsequiosos, nos mostraron todo lo que habia allí de mas notable, y por la tarde saliamos juntos á recorrer las inmediaciones en el campo, donde gozábamos de unas vistas realmente deliciosas: ¡Nada mas bello que estos paseos al declinar la tarde! ¡Nada mas poético que el crepúsculo de la noche, en la soledad del campo!

El cuarto día al llegar el avío que esperábamos, emprendimos muy de mañana la marcha; papá y mamá ocupaban una litera, y nosotras continuabamos á caballo. No sin sentimiento nos despedimos de las bondadosas familias de Miahuatlan que tan finas se habian mostrado con nosotras especialmente la del cura; allí tambien nos separamos del jefe político de Pochutla que por obsequiar nuestros deseos, á pesar de no tener permiso, habia tenido la bondad de acompañarnos hasta Miahuatlan.

Cuando se viaja deja uno por todas partes regadas simpatías, y esto nos sucedió en casi todos los lugares del tránsito, respecto á personas con quienes nos ligan lazos de gratitud.

Muy de mañana, como antes deciamos estábamos ya dispuestas, y continuamos la marcha hacia Oaxaca. El camino se presentaba risueño

aunque con mucho polvo; era sin contradicción mucho mejor que el que antes habiamos hecho, y esto nos hacia gozar mas; lo pasamos, casi sin sentir y contentas haciamos las jornadas; como á las once de la mañana penetramos en el patio de una gran hacienda donde ya se nos esperaba, por que el cura habia enviado un correo anunciando nuestra llegada: esa hermosa hacienda fué San Nicolás, y el dueño de ella se mostró muy amable con nosotros y nos obsequió muy finamente llevándonos despues de descansar un rato á visitar los puntos mas notables de ella, y subiéndonos á una altura nos marcó desde allí los límites de sus terrenos que se extendian á una gran distancia; en seguida se nos sirvió un almuerzo que podemos darle el nombre de banquete porque realmente era opíparo y de esmerado gusto: todo estaba perfectamente condimentado, y los vinos mas estimados llenaban las copas con profusion.

Mas de dos horas duró la comida, no faltaron reciprocas espresiones de afecto y la mas franca y entretenida conversacion; pasamos en seguida á la sala donde estuvimos conversando con el dueño de la hacienda, quien en su trato y sus modales se dejaba conocer desde luego al caballero y al hombre de buena sociedad.

Muy agradecidas á la cordial y fina hospitalidad con que se nos habia recibido; nos despedi-



mos del amable propietario y de sus finos dependientes; y montamos de nuevo á caballo para proseguir adelante; apesar de haber pasado ya en la hacienda las horas mas fuertes; el sol se hacia sentir todavia en estremo, el calor era sofocante, y los grandes sombreros y los paños de sol, no bastaban á guarecernos de sus ardientes rayos, lo cual nos hacia caminar con cansancio, silenciosas, mustias, sin fijarnos siquiera en las hermosas perspectivas que se estendian á nuestro alrededor.

Nada es tan molesto para viajar como las primeras horas de la tarde; el sol es mucho mas ardiente que en la mañana el calor mas sofocante, y el cansancio y la fatiga se amparan del viajero llenándole de desaliento de hastío y de malestar; para evitarlo en parte, procurabamos casi siempre sestear ó detenernos en algun punto en esas primeras horas; pero á las tres y media ó cuatro en que volviamos á continuar la marcha sentiamos todavia los efectos de esas horas tan molestas y fatigosas; afortunadamente el tiempo corria, el sol iba ocultandose en el poniente; sus rayos eran cada vez mas débiles, su fulgor menos ardiente, y la dulce brisa de la tarde comenzaba á recorrer los campos y á refrescarnos algun tanto; la alegría entonces renacia en los corazones; los semblantes se animaban, el pro-

longado silencio se interrumpia, y todos volviamos á comenzar á reir y á hacer resonar el aire con el eco de nuestros cantares.

Las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde son la mas deliciosas el alma experimenta cierta expansion y sensaciones tan misteriosas y gratas, que no es posible definir las; pero que no hay viajero que deje de sentir las: todos las experimentamos, por que en aquellas horas la naturaleza, la soledad del camino, su irresistible atractivo ejercen una secreta influencia de la que no es fácil sustraerse ni quiere tampoco dejarse de sentir por que ella es grata y dulce al corazón.

La jornada la rendimos como á las siete de la noche, y al dia siguiente no alumbraba todavia la luz de la aurora cuando ya estabamos sn pié pues nos separaban diez y ocho leguas de Oaxaca y nuestro querido hermano se empeñó en que llegasemos aquella misma noche. Hacia un frio terrible; todos tomamos el desayuno alrededor del fuego, y cuando hubimos concluido nos despedimos de las gentes que nos habian prestado albergue aquella noche, y montamos á caballo decididas á hacer esa larga jornada; poco se veía esa dudosa claridad que precede al crepúsculo de la mañana nos permitia distinguir apenas, los objetos poco á poco las sombras se fueron di-



sipando, la niebla fué disminuyendo; y los dulces y sonrosados tintes de la aurora brillaron sobre un cielo de zafir tachonado todavía de estrellas!..... ¡Oh! ¡que espectáculo tan bello!..... ¡que cuadro tan seductor rebastido de tan irresistible encanto!.....

Nada es tan poético, nada tan delicioso como sorprender en la soledad de los campos el crepúsculo matinal; presenciar el dulce despertar de la naturaleza, y admirar el himno de gracias que ella en su mudo lenguaje eleva todos los días á su supremo Hacedor, al Creador excelso de todos sus encantos!..... El alma absorta ante un cuadro tan sublime se humilla conociendo su pequeñez y su miseria!... ¡que venga el filósofo engreído en su falsa sabiduría, el necio ateo, y el hombre sin creencias, á contemplar este grandioso espectáculo, y que nos digan despues: *“que todo es obra del acazo ó de la nada, y que no hay una mano providente, creadora y sostenedora de todas esas maravillas!.....* ¡que venga la ciencia humana con todo su orgullo y su poder, á dar vida, á crear por sí sola la mas humilde de esas flores que alfombran nuestras campiñas, y la veremos retirarse avergonzada y confusa, confesando su nulidad y su impotencia!..... ¡h no; ¡la incredulidad, el necio orgullo del hombre tiene que callar ante la voz de la naturaleza; tiene que

confesar la existencia de un Sér Supremo superior al hombre y á todo lo criado, que ha sabido formar un mundo con el simple acto de su voluntad, y que nos ha regalado con ese conjunto inmenso, tan lleno de encantos y misteriosos atractivos!... ¡si, todo en el mundo reconoce á un Hacedor Supremo; todo le tributa un himno de adoracion y de gracias!..... ¡Solo el hombre será siempre ingrato! lo é ingrato?

Cuando los primeros rayos de un sol naciente caen cual lluvia de oro sobre la tierra, los séres todos que la habitan parecen saludar el nuevo dia entonando un cántico de gracias al Creador, en su mudo pero elocuente lenguaje; los preciosos pajarillos de rico plumaje y variados colores, abandonan sus nidos, y revoloteando entre el follaje hacen resonar el espacio con el dulce eco de sus gorgoros y de sus trinos, y esos cantares son en ellos su oracion; los verdes y frondosos árboles extienden sus hojas cristalizadas aun con el rocío y meciéndose suavemente acariciados por la brisa, parecen inclinarse en accion de gracias; las mil bellísimas flores que pueblan los campos, abren sus cálices recibiendo las blancas perlas de la aurora, y envian al cielo sus perfumes cual homenaje de gratitud; el límpido arroyo en su suave murmullo; la dulce brisa en su tranquila carrera, la alegre mariposa en sus variados co-



colores, el sol mismo en su torrente de fuego y con sus dorados rayos; todo, todo alaba al Creador tributándole ese voto de gratitud y obedeciendo fiel todos los días, las leyes trazadas por la mano del Omnipotente; solo el hombre se revela contra su Creador, y desafía audaz, su poder y su grandeza!.....

Esto se hace aun mas notable en ciertas situaciones y circunstancias. El crepusculo de la mañana es tan bello; que sin querer nos sugiere estas reflexiones en la inmensidad de los campos; ocasion habiamos tenido tambien de admirarlo en la mitad de los mares cuando el sol parece nacer del fondo del avismo, y reproduciéndose en el cristal de las aguas nos encontramos entre dos firmamentos; uno que se extiende sobre nuestra cabeza, otro que contemplamos á nuestros piés!.. Cuando vemos palidecer las estrellas y teñirse el oriente con los tintes de la aurora; ¡ah todo esto es fantástico, sorprendente y quizá mas imponente en alta mar; pero mas risueño, mas poético, mas variado, y quizas mas bello, en la soledad de los campos!.....

Llenas de estos pensamientos y sensaciones pasamos el camino; como á las once de la mañana llegamos á Ejutla donde debiamos almorzar y descansar algun tiempo para continuar despues la marcha.

Ejutla es una poblacion de alguna importancia, cabecera de distrito puede contar mas de dos mil habitantes; por lo poco que pudimos notar á nuestro tránsito, su aspecto no es desagradable; sus calles son rectas, sus casas la mayor parte bajas y aseadas, y su comercio es bastante animado. Posamos en una de las casas mas grandes de la poblacion situada en la calle principal, muy amplia y bien amueblada con un precioso jardin que le servia de patio, en el que estuvimos paseando y formando ramos con flores en el borde de una fuente bajo la sombra de los frondosos árboles que nos preservaban de los ardientes rayos del sol en aquella hora: nos retiramos á comer, en seguida fuimos al salon donde estuvimos cantando y tocando en un hermoso piano, y montamos á las tres de la tarde á caballo con ánimo de llegar aquel mismo dia á Oaxaca.

El calor nos abrumaba, el silencio se hallaba en nuestros lábios, nada nos alagaba mas que la idea de llegar, pasaron las horas fuertes del sol y aunque comenzó á declinar la tarde dejandonos respirar mas libremente, como la jornada habia sido tan larga, ya nos sentiamos fatigadas y lo que deseabamos era descausar; pero el valle se nos prolongaba de una manera indefinida; á cada instante nuestra vista se fijaba con avidéz allá en el punto en que descubriamos la poblacion; pa-



recianos ya tocarla, pero caminábamos, y caminábamos y aquella distancia no se acortaba jamás; en vano preguntábamos á los arrieros, y cuantas personas encontrábamos por el camino para consolarnos si nos anunciaban la proximidad; eran sus respuestas contradictorias, animándonos unas veces, y otras llenándonos de mayor desaliento; en estas alternativas vimos espirar la luz en el horizonte, y continuamos avanzando, hasta que al fin á las 7 de la noche llegamos á Oaxaca despues de haber caminado diez y ocho leguas. Allí debíamos descansar y suspender por algunos días nuestra marcha.

## CAPITULO CLXVII.

Ultimas páginas del manuscrito de Genaro.

Antes sin embargo de describir esta capital, queremos dar á conocer al lector las últimas páginas del manuscrito de Genaro, y concluir la lectura de esa cartera que por tanto tiempo habia ocupado nuestra atención, haciéndonos sentir tan fuertes emociones y pasar á la vez tan gratos instantes.

Sus últimas hojas estaban concebidas en estos términos:

Al día siguiente me levanté como á las ocho, y despues de haber permanecido un corto raro con los niños que no querian dejarme, partí para ir á ver á D. Justo que vivia en la misma casa